



EL BARCO
DE VAPOR

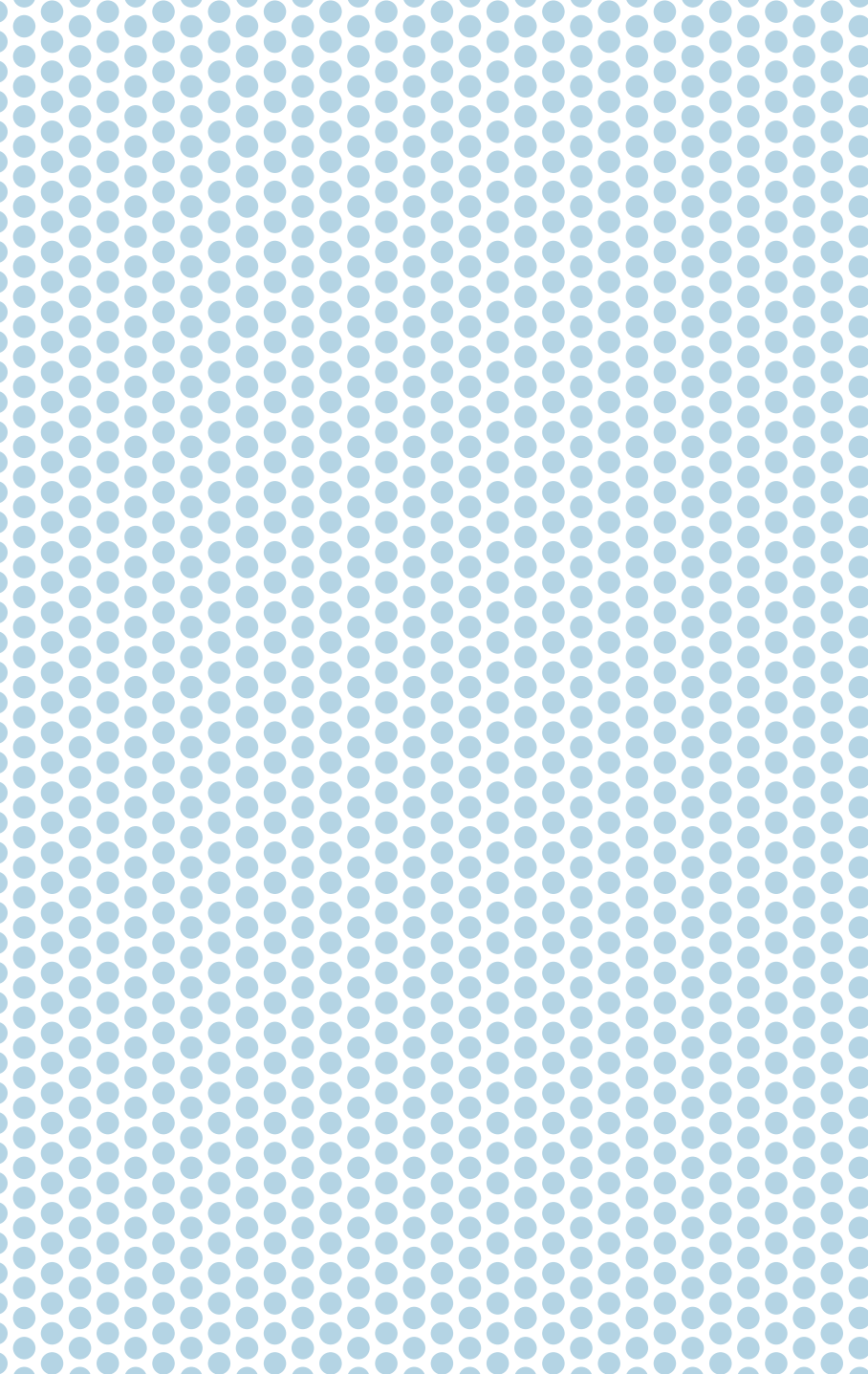
La revolución de los balones

Ángeles González-Sinde

Ilustraciones de Álvaro Ortiz



sm





EL BARCO
DE VAPOR

La revolución de los balones

Ángeles González-Sinde

Ilustraciones de Álvaro Ortiz



Primera edición: junio de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Ángeles González-Sinde, 2017

© de las ilustraciones: Álvaro Ortiz, 2017

© Ediciones SM, 2017

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9435-5

Depósito legal: M-21664-2017

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

● 1

QUÉ HORROR. Había empezado el frío. Así, como a quien se le cae un libro al suelo, las bajas temperaturas habían caído sobre la ciudad de un día para otro.

Los cursos anteriores, a Pablo no le había importado. Otros inviernos, su madre se la había dado y él se la había puesto sin más. Pero este curso, este nuevo invierno, cuando vio cómo su madre la sacaba de la parte profunda del armario, esa donde se guarda lo que no toca ponerse y que para alcanzarla hay que mover la mesilla y apartar la silla y subirse en una banqueta, supo que todos sus amigos se reirían de él.

–¡Pero si es la misma trenca de siempre! –le había dicho su madre, que nunca entendía este tipo de cosas–. ¡Pero si te encanta!

–Nunca me ha encantado –respondió Pablo, que no quería ni mirar ese abrigo de pesadilla.

–Claro que te encanta. El curso pasado y el anterior te la ponías. Y eso que al principio te quedaba un poco grande.

–Bastante grande. Gigantesca –contestó Pablo, que no pensaba dar su brazo a torcer.

–Pues eso. Ahora te queda perfecta –insistió su madre, tan terca como él.

Eso era cierto. Los dos inviernos anteriores, las mangas le quedaban tan largas que había que darles una vuelta. Si se ponía la capucha, le caía por encima de los ojos, con lo cual no veía ni torta. Pero entonces a Pablo eso no le importaba. Estaba más preocupado por otras cosas: como aprender a jugar bien al baloncesto, que sus padres le compraran el patinete que tanto necesitaba o que le dejaran acostarse más tarde para ver series, como a su hermana mayor Valentina.

–Que no –dijo Pablo.

–Anda, anda –contestó su madre–. Déjate de cuentos, que es bien bonita.

–No me la voy a poner.

–Te la vas a poner porque es una trenca preciosa y abriga muchísimo.

–Es de chica.

–No es de chica.

–Es de chica.



–¿Por qué es de chica? En dos cursos, ¿te ha llamado alguien chica?

–Pero este año seguro que sí.

–¡¿Por qué?!

–¡Porque es roja! –gritó Pablo, cansado de discutir por algo tan evidente.

–¡Roja es la selección española y son todos hombres!

Pablo se quedó desconcertado. Durante unos segundos no supo qué responder. Había que reconocer que su madre tenía razón; pero él sabía que, selección o no selección, el rojo no era un buen color para aparecer por el colegio en quinto de primaria.

–Era de Valentina –dijo Pablo.

–Sí, era la trenca de Valentina, pero eso la hace todavía más bonita, ¿no crees, hijo? ¿No te da gusto crecer y poder usar la ropa de tu hermana mayor?

Era cierto: el primer día que Pablo heredó la trenca, se había sentido muy orgulloso; pero ahora no le daba ningún gusto, porque de pronto se había dado cuenta de la barrera infranqueable que le separaba de las cosas de su hermana: ella era una chica y él un chico.

–Las trenzas son de chicas –volvió a repetir Pablo.

—¡No son de chicas! Las trenzas son para todo el mundo, y especialmente para chicos. ¿Quieres que te lo demuestre?

Sin esperar la respuesta de Pablo, su madre cogió el ordenador y tecleó la palabra «trenca».

Era verdad: salían fotos tanto de hombres como de mujeres, de niñas como de niños, de señoras como de señores.

En las fotos de internet, gente de todo tipo y edad llevaba trenzas. ¡Hasta había trenzas rosas y azules para bebés! Pobrecitos. Pero Pablo encontró rápidamente una razón para seguir negándose:

—¿Ves? Azul, marrón, gris... ¡Hasta verde! Si fuera verde, yo me la pondría; pero roja... Ningún chico lleva una trenca roja. Es de chicas —zanjó Pablo y, sin más, salió de la habitación.

Pablo no era tonto. Sabía muy bien que las chicas eran chicas porque querían pintarse las uñas, se ponían faldas, veían series de chicas y leían libros de chicas en los que solo salían chicas, por lo general vestidas de hadas, de princesas, de bailarinas o de modelos de pasarela; mientras que él no, porque él era un chico. Se veía a un kilómetro. Ningún otro niño tenía un abrigo así. En los percheros del colegio destacaría. Pablo prefe-

ría pasar frío, eso lo tenía clarísimo. La escondería en la mochila y hasta que no estuviera en la calle, bien lejos de cole, no se la pondría.

–¡Qué frío! –exclamó la madre de Pablo a la mañana siguiente, cerrando la ventana del salón. Siempre la abría mientras desayunaban para que la casa se ventilara, aunque las hojas de las plantas estuvieran llenas de escarcha–. Ponte la trenca, que hoy hace un frío que pela. Lo han dicho en la radio.

La maldita trenca.

Pablo la cogió a regañadientes, pero sin protestar. Ya sabía que toda queja era inútil.

–¡Valentina! ¡Valentina, termina, que nos vamos! –gritó su madre por el pasillo.

Valentina seguía en el baño. Le encantaba estar allí metida: se llevaba su *tablet*, ponía música y ensayaba bailes y caritas en el espejo. Su madre decía que tenía la edad del pavo y que por eso hacía muchas tonterías, desde reírse sin ton ni son a agarrarse una llorera tremenda o enfadarse como un diablo colorado. Otra característica de la edad del pavo, al parecer, era que cosas que antes no tenían importancia, como el pelo o la ropa, se con-

vertían en fundamentales. Y también las marcas de ropa. Por lo visto, no solo eran importantes el color y la forma, sino también las etiquetas, los nombres, las letras y los dibujitos que aparecían pintados en ellas. Pablo no comprendía por qué.

–¡Valentina! ¡Aquí te quedas! ¡Nos vamos! –volvió a gritar su madre.

Valentina al fin salió del baño. La madre la miró de arriba abajo.

–Te vas a congelar –dijo.

–Los leotardos dan calorcito –repuso Valentina.

–Pero los *shorts* no. Los *shorts* son para el verano. Como te resfríes me vas a oír, Valentina. Te voy a mandar al colegio aunque se te caigan los mocos en catarata.

La madre de Pablo odiaba que se pusiesen malos. Si se constipaban, encima los regañaba.

–Abróchate bien la trenca y dame un beso –les dijo en el autobús.

Los tres tomaban la misma línea: Valentina y Pablo se bajaban antes y ella seguía hasta su trabajo.

Pablo obedeció, pero en cuanto se bajó del bus se quitó y arrebujo la maldita trenca para meterla en la mochila.